JULIÁN MEZA

Retorno a la normalidad

POR RAZONES DE buena o de mala conciencia, Michel Foucault siempre inquietó o, por lo menos, molestó. Muerto, la gracia y la culpa pueden, plenamente, reinstalarse. Al fin y al cabo, él ya no está ahí para perturbar las conciencias y el mundo puede, tranquilamente, seguir siendo maniqueo. Los buenos y los malos, los inocentes y los culpables volverán a ser íntegramente el soporte de los decálogos del siglo XX; el espíritu del elegido y el de la víctima proseguirán su camino sin inquietarse demasiado.

A fin de cuentas —habrá quienes digan ahora—, Foucault no tenía razón: habló de la locura haciendo a un lado la normalidad y se equivocó; describió las tecnologías políticas del poder sin tomar en cuenta las leyes de la historia, los fundamentos económicos de la sociedad y la lucha de clases y, una vez más, se equivocó. Para colmo, hacia el final de su vida osó hablar de las técnicas del yo, en lugar de hablar del sexo o de la sexualidad y, obviamente, cometió un error. Así, no faltarán los que concluyan: Foucault no tenía razón y su obra carece de sentido.

En esta o en otra línea de supuesta impugnación también habrá quienes digan: Foucault se equivocó rotundamente porque era pesimista y no creía en el hombre. Pero todas estas aparentes impugnaciones no serán, en resumidas cuentas, más que una especie de retorno a la normalidad, una venganza de la normalidad contra alguien que, en efecto, se expresó siempre en términos que resultan sospechosos para cualquier criterio de normalidad.

Ciertamente, Foucault no tenía confianza en la normalidad psiquiátrica, psicoanalítica o psicológica; no creía ni en las leyes de la historia ni en la lucha de clases; rehusaba hablar de sexo o de sexualidad. Afortunadamente fue así. De esta manera, no nos dejó como herencia un catálogo de normalidades psíquicas, luchas de clase justas, sexualidades adecuadas y otras necedades por el estilo.

Mejor aún: ni siquiera nos legó un punto de vista único, porque jamás sometió su reflexión a la hipoteca intelectual que exige la fidelidad a una causa, a un partido, a una iglesia. Por esto mismo, fue difícil arrinconarlo, maniatarlo o mostrar que, al cambiar de opinión, se contradecía, como se contradicen aquellos que al ponerse (de palabra) del lado de la libertad, actúan (en la práctica) contra la libertad.

Pero, por otra parte, es falso afirmar que Foucault era pesimista porque no creía en el hombre. En lo que no creía era en la idea del hombre que se puso en circulación a partir del renacimiento y que, prácticamente, domina casi todas las corrientes del pensamiento desde el siglo XIX. Era, pues, pesimista en lo que se refiere al porvenir de esta idea del hombre que heredamos de la edad clásica.

Con justicia, se puede decir que Foucault no era pesimista; pero no por esto era, necesariamente, optimista. No quería ser complaciente con aquello que no lo complacía, ni constituía un atractivo para él ser optimista gratuitamente. ¿Acaso puede vislumbrarse con optimismo el porvenir de una normalidad que nos amenaza con sus bombas atómicas y con su degradación acelerada de la ecología del planeta? ¿Se puede ser optimista frente al porvenir totalitario que nos fabrican los pequeños y los grandes poderes de hoy? ¿Se puede, finalmente, ser optimista frente al futuro de una sexualidad sometida a todas la vigilancias y controles que la quieren pura y casta, o perversa y violenta?

Última razón para no ser optimista sin razón: la vida, decía Camus, se detiene en cualquier momento: hay unos que mueren a los treinta y cinco y otros a los setenta años. Las maneras de morir son innumerables. Se muere de muerte natural a cualquiera de esas dos edades. En cualquier momento, mueren deportistas y artríticos, víctimas del cáncer, atropellados por un autobús en un callejón, o en el centro de una gran avenida. La gente muere por una causa o por otra, con razón o sin ella, asesinada por un delincuente, por un policía. En todos los casos, se trata sencillamente de la muerte... incluida la de Foucault. Pero más allá (y más acá) de la muerte, está la satisfacción de la vida. Y es esta satisfacción, señalada por Camus en *El extranjero* como la única que produce la sensación de la vida, aún frente a la certidumbre de la muerte, la que anula el pesimismo y torna imposible el optimismo complaciente.

Es evidente que los predicadores de la salud mental, política o sexual no hallan un lugar en el pensamiento de Foucault. Lo rechazan en la medida en que se trata de un pensamiento que trastoca el pensamiento, y que, simplemente por haber existido, despierta las pasiones y torna real la posibilidad de escribir un día —como alguna vez lo insinuó Foucault— una historia de las pasiones.